

30º Domingo del Tiempo Ordinario



La liturgia de este domingo nos muestra que Dios siente "debilidad" por los humildes y por los pobres, por los marginados; y que estos, en su despojamiento, en su humildad, en su finitud (y hasta en su pecado), son los que están más cerca de la salvación, pues son los que están más disponibles para acoger el don de Dios.

La primera lectura define a Dios como a un "juez justo", que no se deja sobornar por las ofrendas de esos poderosos que practican la injusticia con los hermanos; en contrapartida, ese Dios justo ama a los humildes y escucha sus súplicas.

El Evangelio define la actitud que el creyente debe tener frente a Dios. Rechaza la actitud de los orgullosos y autosuficientes, convencidos de que la salvación es el resultado natural de sus méritos, y propone la actitud humilde del pecador, que se presenta ante Dios con las manos vacías, pero dispuesto a acoger su don. Esa es la actitud del "pobre", la que Lucas propone a los creyentes de su tiempo y de todos los tiempos.

En la segunda lectura, tenemos una invitación a vivir el camino cristiano con entusiasmo, con entrega, con ánimo, a ejemplo de Pablo. La lectura se separa un poco del tema general de este domingo; con todo, podemos decir que Pablo fue un buen ejemplo de esa actitud que el Evangelio propone: él confió, no en sus méritos, sino en la misericordia de Dios, que justifica y salva a todos los hombres que la acogen.

PRIMERA LECTURA

Los gritos del pobre atraviesan las nubes

Lectura del libro del Eclesiástico

35, 12-14. 16-18

El Señor es un Dios justo,
que no puede ser parcial;
no es parcial contra el pobre,
escucha las súplicas del oprimido;
no desoye los gritos del huérfano
o de la viuda cuando repite su queja;
sus penas consiguen su favor,
y su grito alcanza las nubes;
los gritos del pobre atraviesan las nubes
y hasta alcanzar a Dios no descansan;
no cesa hasta que Dios le atiende,
y el juez justo le hace justicia.

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

El libro de Ben Sirá fue escrito a principios del siglo II antes de Cristo (entre el 195 y el 171), en un momento en el que los seléucidas dominaban Palestina y la cultura helénica, cada vez más omnipresente, ponía en riesgo la cultura, la fe y los valores judíos.

El autor del libro (Jesús Ben Sirá), preocupado porque muchos de sus conciudadanos se dejaban seducir por los valores extranjeros y renegaban de las raíces de su Pueblo escribe, para defender el patrimonio cultural y religioso del judaísmo, sobre su concepción de Dios, del mundo, de la elección y de la alianza. Quiere convencer a sus compatriotas de que Israel posee en su "Torah", revelada por Dios, la verdadera "sabiduría", una "sabiduría" muy superior a la "sabiduría" griega.

El texto que se nos propone se inserta en un paquete de sentencias en el que Jesús Ben Sirá quiere señalar a sus conciudadanos el camino hacia la verdadera "sabiduría" (cf. Ben Sirá 34,21-35,26).

Ese "camino" pasa por la práctica de una "religión verdadera", esto es, por el cumplimiento riguroso de los mandamientos de la "Torah", sobre todo en aquello que respecta a la vivencia de la justicia comunitaria y del respeto de los derechos de los más pobres.

En estas sentencias, Jesús Ben Sirá informa que Dios no puede ser comprado con actos de culto, por parte de aquellos que practican la injusticia y que esclavizan a los hermanos. La llamada del autor va, por tanto, en el sentido que se cumplan los mandamientos de la Ley y sean respetados los derechos de los pobres y de los débiles. Esa es la verdadera religión que Dios exige del hombre.

Aquellos que pretenden ser sabios no pueden cometer injusticias por la mañana y por la tarde aparecer en el Templo proclamando su fe y su comunión con Dios, a través de la ofrenda de llamativos sacrificios de animales. Eso sería, en la práctica, querer comprar a Dios y hacerle cómplice de la injusticia. Y eso, Dios no lo acepta.

1.2. Mensaje

Dios es, entonces, un juez justo (de aquí parte nuestro texto), que no hace acepción de personas, que no acepta ser cómplice de los opresores, que no se deja sobornar por los presentes de los ricos y que no desiste de hacer justicia a los pobres (son nombrados explícitamente los huérfanos y las viudas, las dos figuras paradigmáticas de los que no tienen protección ninguna, que sólo tienen a Dios que los defiende de la prepotencia de los poderosos).

Por otro lado, Jesús Ben Sirá insiste en que Dios escucha siempre las oraciones de los pequeños y que está atento a los gritos de auxilio de aquellos que son víctimas de la injusticia. Así, los humildes, que sufren la opresión y la prepotencia de los poderosos, son invitados a presentar a Dios sus quejas, hasta que él restablezca el derecho y la justicia.

1.3. Actualización

La reflexión puede realizarse a partir de las siguientes sugerencias:

- ✚ Este texto presenta, antes de nada, el problema de lo que es fundamental en la experiencia religiosa. Sugiere que la "verdadera religión" no pasa por los ritos, sino por una vida verdaderamente comprometida con los mandamientos, sobre todo con el mandamiento del amor a los hermanos.

No es verdadera religión la de aquellos que dan dinero a la parroquia o a obras de "caridad", pero no pagan justamente a sus obreros;

no es verdadera religión la de aquellos que el domingo depositan en la bandeja "buenos" donativos, pero no respetan la dignidad y la libertad de los otros;

no es verdadera la religión la de aquellos que hacen "promesas" para que Dios les ayude a rematar con éxito un negocio dudoso en el que alguien va a salir perjudicado.

Una religión desligada de la vida es una religión falsa, incoherente, hipócrita, con la cual Dios no quiere tener nada que ver.

- ✚ El texto revela también, una vez más, que nuestro Dios tiene debilidad por los pobres, por los débiles, por los oprimidos, por aquellos a los que el mundo considera "vencidos" y sin peso.

Atención: Dios les ama y no se olvida de ninguna injusticia cometida contra ellos o cualquier comportamiento que viole su dignidad. Y los creyentes, "hijos de Dios", son invitados a actuar con esa misma lógica.

¿Soy, como Dios, sensible a la llamada de los pobres, víctimas de la injusticia, de la segregación, de la exclusión?

¿Lucho, con coherencia, contra todo lo que genera muerte, infelicidad, explotación, injusticia, exclusión?

¿Aquellos que no encuentran lugar en la mesa de los privilegiados de este mundo encuentran, a través de mí, el rostro misericordioso y bondadoso del Dios que les ama?

Salmo responsorial

Salmo 33, 2-3.17-19.23

V/. Si el afligido invoca al Señor,
él lo escucha.

R/. **Si el afligido invoca al Señor,
él lo escucha.**

V/. Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren.

R/. **Si el afligido invoca al Señor,
él lo escucha.**

V/. El Señor se enfrenta con los malhechores,
para borrar de la tierra su memoria.
Cuando uno grita, el Señor lo escucha
y lo libra de sus angustias.

R/. **Si el afligido invoca al Señor,
él lo escucha.**

V/. El Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos.
El Señor redime a sus siervos,
no será castigado quien se acoge a él.

R/. **Si el afligido invoca al Señor,
él lo escucha.**

SEGUNDA LECTURA

Ahora me aguarda la corona merecida

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo

4, 6-8.16-18

Querido hermano:

Yo estoy a punto de ser sacrificado,
y el momento de mi partida es inminente.

He combatido bien mi combate,
he corrido hasta la meta, he mantenido la fe.

Ahora me aguarda la corona merecida,

con la que el Señor, juez justo,

me premiará en aquel día;

y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida.

La primera vez que me defendí,

todos me abandonaron, y nadie me asistió.

Que Dios los perdone.

Pero el Señor me ayudó

y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje,

de modo que lo oyeran todos los gentiles.

Él me libró de la boca del león.

El Señor seguirá librándome de todo mal,

me salvará y me llevará a su reino del cielo.

A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

Una vez más la liturgia nos trae un texto de la segunda Carta a Timoteo. Aunque atribuida a Pablo, se trata (como ya vimos en domingos anteriores) de una carta escrita por un autor desconocido, de finales del siglo I o principios del siglo II.

Para los creyentes de la segunda generación cristiana, es una época de persecuciones, de divisiones, de herejías y, por tanto, de confusión y de desánimo. En ese contexto, un cristiano anónimo, utilizando el nombre de Pablo, escribió pidiendo a sus hermanos en la fe que se mantuviesen fieles a la misión que Dios les había confiado. Su objetivo era revitalizar la fe y el entusiasmo de los creyentes.

2.2. Mensaje

El autor de la carta se pone en la piel de Pablo, prisionero en Roma; y, desde ahí, hace un balance final de su vida y de su entrega al servicio del Evangelio.

La vida de Pablo fue, desde su encuentro con Cristo resucitado en el camino de Damasco, una respuesta generosa a la llamada y un compromiso total con el Evangelio. Por Cristo y por el Evangelio, Pablo luchó, sufrió, gastó su vida, en una entrega total, para que la salvación de Dios llegase a todos los pueblos de la tierra.

Al final, él se siente como un atleta que ha luchado hasta el fin para vencer y está satisfecho por lo realizado. Le queda recibir esa corona de gloria, reservada a los atletas vencedores (y que Pablo sabe que no le está reservada únicamente a él, sino también a todos aquellos que luchan con el mismo arrojo y con el mismo entusiasmo por la causa del "Reino").

Para definir su vida como don total a Dios y a los hermanos, Pablo utiliza aquí una imagen muy sugerente: la imagen de la víctima inmolada en sacrificio. Pablo hace de su vida una entrega total, al servicio del Evangelio; su entrega fue un sacrificio cultural a Dios. Ahora, para que el sacrificio sea total, sólo le resta coronar su entrega con la donación de su sangre.

La referencia a la ofrenda en "libación" hace referencia a los sacrificios en los que se vertía el vino sobre el altar, inmediatamente antes de ser inmolada la víctima sacrificial.

Hay dos maneras de dar la vida por Cristo: una es gastarla día a día en la tarea de llevar la liberación que Cristo vino a proponer a todos los pueblos de la tierra; otra es derramar, de una vez, la sangre por la fe y por el testimonio de Cristo.

Pablo conoció las dos modalidades; imitar a Pablo es un desafío que el autor de la Carta a Timoteo propone a los discípulos de su tiempo y de todos los tiempos.

En la segunda parte de nuestro texto (vv. 16-18), el autor de esta carta pone en boca de Pablo el lamento desilusionado de un hombre cansado que, a pesar de haber ofrecido su vida como don a los hermanos se siente, al final, abandonado y solo. Pero además de esto, Pablo tiene conciencia de que Dios ha estado a su lado a lo largo de su caminar, le ha dado la fuerza para enfrentarse a las dificultades, le ha librado de todo

mal y le dará, al final del camino, la vida definitiva. De ahí la alabanza con la que Pablo termina: "A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén". Es esta la actitud que el autor de la carta pide a sus hermanos: a pesar del desánimo, del sufrimiento, de la tribulación, que descubran la presencia de Dios, que confíen en su fuerza, que se mantengan fieles al Evangelio: así recibirán, sin lugar a dudas, la salvación definitiva que Dios reserva a quien combata el buen combate de la fe.

2.3. Actualización

La reflexión puede realizarse a partir de los siguientes puntos:

- ✚ Pablo fue una de las figuras que marcó, de forma decisiva, la historia del cristianismo. Al contemplar su ejemplo, nos impresiona cómo el encuentro con Cristo marcó su vida de forma tan decisiva; nos asombra cómo se identificó totalmente con Cristo; nos interpela la forma entusiasta y convencida con la que anunció el Evangelio por todo el mundo antiguo, sin vacilar nunca ante las dificultades, los peligros, la tortura, la prisión, la muerte; nos cuestiona la forma como él quiso vivir en el seguimiento de Cristo, en una entrega total a los hermanos, al servicio de la liberación de todos los hombres. Pablo es, verdaderamente, un modelo y un testimonio que debe interpelar, desafiar e inspirar a cada creyente.
- ✚ El camino que Pablo recorrió continúa siendo un camino difícil. Hoy, como ayer, descubrir a Jesús y vivir de forma coherente el compromiso cristiano, implica recorrer un camino de renuncia a valores a los que los hombres de nuestro tiempo dan una importancia fundamental; implica ser incomprendido y, algunas veces, maltratado; implica ser mirado con desconfianza y, algunas veces, con conmiseración. Con todo, a la luz del testimonio de Pablo, el camino cristiano vivido con radicalidad es un camino que merece la pena recorrer, pues conduce a la vida plena.
¿Estoy de acuerdo? ¿Es este el camino que me esfuerzo en recorrer?
- ✚ Conviene tener siempre presente ese dato fundamental que dio sentido a la vida de Pablo: aquél que elige a Cristo, no está solo, aunque haya sido abandonado y traicionado por los amigos y conocidos; el Señor está a su lado, le da fuerza, le anima y lo libra de todo mal. Animados por esta certeza, ¿qué podremos temer?

Aleluya

Aleluya 2Co 5,19

Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo, y a nosotros nos ha confiado la palabra de la reconciliación.

EVANGELIO

El publicano bajó a su casa justificado, y el fariseo no

✠ **Lectura del santo evangelio según san Lucas**
18, 9-14

En aquel tiempo,
a algunos que, teniéndose por justos,
se sentían seguros de sí mismos
y despreciaban a los demás,
dijo Jesús esta parábola:

— «Dos hombres subieron al templo a orar.

Uno era fariseo; el otro, un publicano.

El fariseo, erguido, oraba así en su interior:

"¡Oh Dios!, te doy gracias,
porque no soy como los demás:
ladrones, injustos, adúlteros;
ni como ese publicano.

Ayuno dos veces por semana
y pago el diezmo de todo lo que tengo."

El publicano, en cambio, se quedó atrás
y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo;
sólo se golpeaba el pecho, diciendo:

"¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador."

Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no.
Porque todo el que se enaltece será humillado,
y el que se humilla será enaltecido.»

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

Más de una vez, Lucas nos sitúa en el "camino hacia Jerusalén", para ofrecernos una lección sobre el "Reino". Esta vez, Jesús propone una parábola *"a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás"*. Los protagonistas de la historia son un fariseo y un publicano.

Los "fariseos" formaban uno de los grupos más interesantes y con más impacto en la sociedad Palestina del tiempo de Jesús. Descendientes de esos "piadosos" ("hassidim"), que apoyaron al heroico Matatías en la lucha contra Antíoco IV Epífanos y la helenización forzosa, eran los defensores intransigentes de la "Torah" (ya de la "Torah" escrita, ya de la "Torah" oral, esto es, de los preceptos no escritos, pero que los fariseos habían deducido de la "Torah" escrita); en el día a día, procuraban cumplir escrupulosamente la Ley y se esforzaban por enseñar la Ley al Pueblo: sólo así, pensaban ellos, el Pueblo llegaría a ser santo y el Mesías podría traer la salvación a Israel.

Se trataba de un grupo serio, verdaderamente empeñado en la santificación del Pueblo de Dios. Sin embargo, su fundamentalismo con relación a la "Torah" será, muchas veces, criticado por Jesús: al afirmar la superioridad de la Ley, despreciaban muchas veces al hombre y creaban en el Pueblo un sentimiento latente de pecado y de indignidad que oprimía las conciencias.

Los "publicanos" estaban ligados al cobro de los impuestos, al servicio de las fuerzas romanas de ocupación. Tenían fama de utilizar su cargo para enriquecerse de modo inmoral; y es necesario decir que, en general, esa fama era bien merecida. De acuerdo con la Mishna, estaban afectados permanentemente de impureza y no podía ni siquiera hacer penitencia, pues eran incapaces de conocer a todos aquellos a quienes habían defraudado y a quienes debían una reparación.

Si un publicano, antes de aceptar el cargo, formaba parte de una comunidad farisaica, era inmediatamente expulsado de ella y no podía ser rehabilitado, a no ser después de abandonar ese cargo.

Quien ejercía tal oficio, estaba privado de ciertos derechos civiles, políticos y religiosos; por ejemplo, no podía ser juez ni prestar testimonio en el tribunal, siendo equiparado con un esclavo.

3.2. Mensaje

En el fariseo y el publicano de la parábola, Lucas pone en confrontación dos actitudes distintas frente a Dios.

El fariseo es el prototipo de un hombre irreprochable frente a la Ley, que cumple todas las reglas y lleva una vida íntegra. Es consciente de que nadie le puede acusar de cometer acciones injustas, ni contra Dios, ni contra los hermanos (y,

aparentemente, es verdad, pues la parábola no nos dice que estuviese mintiendo). Evidentemente, es consciente (y tenía razones para eso) de no ser como ese publicano que también está en el Templo: los fariseos eran conscientes de su superioridad moral y religiosa, sobre todo en relación con los pecadores públicos (como es el caso de este publicano).

El publicano es el prototipo de pecador. Explota a los pobres, practica la injusticia, trafica con la miseria y no cumple las obras de la Ley. Tiene, además, conciencia de su indignidad, pues su oración consiste únicamente en pedir: "¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador".

El comentario final de Jesús sugiere que el publicano se reconcilió con Dios (la expresión utilizada es "bajó a su casa justificado", lo que nos conduce a la doctrina paulina de la justificación: a pesar de que el hombre vive hundido en el pecado, Dios, en su misericordia infinita y sin que el hombre tenga ningún mérito, lo salva). ¿Por qué?

El problema del fariseo es que piensa ganar la salvación con su propio esfuerzo. Para él, la salvación no es un don de Dios, sino una conquista del hombre; si el hombre lleva una vida irreprochable, Dios no tendrá otro remedio que salvarlo. Está convencido de que Dios le debe la salvación por su buen comportamiento, como si Dios fuese un contable que toma nota de las acciones del hombre y, al final, le paga en consecuencia. Está lleno de autosuficiencia: no espera nada de Dios, pues (piensa él) sus méritos son suficientes para salvarlo. Por otro lado, esa autosuficiencia le lleva, también, al desprecio de aquellos que no son como él; se considera "a parte", "separado", como si entre él y el pecador existiera una barrera.. Así se ha andado la mitad del camino para, en nombre de Dios, hacer segregación y exclusión: es ahí donde conduce la religión de los "méritos".

El publicano, al contrario, se apoya únicamente en Dios y no en sus méritos (que, además, no existen). Se presenta ante Dios con las manos vacías y sin ninguna pretensión; se pone en las manos de Dios y le pide perdón. Y Dios lo "justifica", esto es, derrama sobre él su gracia y le salva, precisamente porque no tiene el corazón lleno de autosuficiencia y está dispuesto a aceptar la salvación que Dios quiere ofrecer a todos los hombres.

Esta parábola, destinada a "algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás", sugiere que esos que presumen de justos están, a veces, muy lejos de Dios y de la salvación.

3.3. Actualización

Para reflexionar y actualizar este texto, considerad los siguientes datos:

- ✚ Este texto plantea, fundamentalmente, el problema de la actitud del hombre frente a Dios. Desautoriza completamente a aquellos que se presentan ante Dios llenos de autosuficiencia, convencidos de su "bondad", muy seguros de sus méritos, como si pudieran exigir algo a Dios y dictarle sus condiciones; propone, en contrapartida, una actitud de reconocimiento humilde de los propios límites, una confianza absoluta en la misericordia de Dios y una entrega confiada en sus manos. Esta segunda actitud es la que estamos invitados a hacer nuestra.
- ✚ Este texto presenta, también la cuestión de la imagen de Dios. Nos dice que Dios no es un contable, una máquina de recompensar y de castigar, sino que es el Dios de la bondad, del amor, de la misericordia, siempre dispuesto a derramar sobre el hombre la salvación (aunque el hombre no lo merezca) como puro don gratuito. La única condición para "ser justificado" es la de aceptar humildemente la oferta de salvación que Él realiza.
- ✚ La actitud de orgullo y de autosuficiencia, la certeza de poseer cualidades y méritos en abundancia, acaba generando desprecio por los hermanos. Entonces, se crean barreras de separación (de un lado los "buenos", de otro los "malos"), que provocan segregación y exclusión... Esto sucede con alguna frecuencia en nuestras comunidades cristianas y hasta en comunidades religiosas.
¿Cómo entender esto a la luz de la parábola que hoy nos propone Jesús?
- ✚ En los últimos siglos los hombres han desarrollado, a la par que una conciencia mucho más profunda de su dignidad, una conciencia viva de sus capacidades. Esto les ha llevado, con frecuencia, a la presunción, a la autosuficiencia. El desarrollo de la tecnología, de la medicina, de la química, de los sistemas políticos, ha hecho creer al hombre que podía prescindir de Dios pues, por sí sólo, podría también ser feliz.
¿A dónde nos ha conducido esta presunción?
¿Podemos llegar a la salvación, a la felicidad plena, únicamente por nuestros propios medios?